

## ¿VIVIMOS UNA OLA DE INTOLERANCIA O UN CRECIMIENTO DEL DEBATE?

Hay quienes hablan de puritanismo, superioridad moral e imperio de la corrección política; temen que hayamos entrado en una pendiente de censura que amenaza la libertad de expresión. Otros responden que hay un aumento y diversificación de los espacios de opinión, y entonces existe mayor escrutinio, mayores divergencias y la disolución de consensos aparentes. Para unos, el debate y la deliberación se empobrecen; para otros, se enriquecen. ¿Realmente hay mayor intolerancia? Seis intelectuales reflexionan desde Chile sobre una polémica que también es mundial.

JUAN RODRÍGUEZ M.

Dicen algunos, con algo de drama, que pueden estar en desacuerdo con la opinión de alguien, pero que defenderán hasta la muerte su derecho a decirla. La idea, atribuida erróneamente a Voltaire (en realidad pertenece a Evelyn Beatrice Hall, una de sus biógrafas), suele contar como definición de la tolerancia y epítome de la Ilustración. Pero las cosas suelen ser más complejas que los eslóganes: el propio Voltaire llamó a traducir con cortes las obras de Shakespeare "por considerarlas inmorales e inadecuadas al gusto de los franceses cultos", como recordó hace algunos días en Twitter el escritor español Gonzalo Torné, compilador de una antología de la "Enciclopedia" francesa.

El recuerdo de Torné venía a cuenta de esa preocupación que recorre el mundo, según la cual viviríamos hoy una ola de censura, puritanismo, corrección política y, en definitiva, intolerancia. El asunto no es nuevo, va y viene a propósito de internet y las redes sociales; y de las denuncias de aquellas opiniones, y más en general discursos, que atentarían contra los derechos o la dignidad de personas y grupos.

Luego que en un policía estadounidense asesinara al afroamericano George Floyd, las protestas en el mundo incluyeron el derribo de estatuas que recordaban a esclavistas o a personalidades a las que se les achacaba ser favorables a la esclavitud. Un senador estadounidense publicó en The New York Times una columna en la que abogó por el uso de la fuerza militar para reprimir las protestas en su país; tras las reacciones negativas al texto, incluso por parte de los periodistas del diario, el periódico estadounidense despidió al editor responsable

(quien reconoció no haber leído la columna) por no ceñirse a los protocolos de edición del medio. Y esta semana una editora de opinión del mismo The New York Times renunció porque, según escribió en su carta de renuncia, Twitter se ha convertido en el verdadero editor de dicho diario.

La semana pasada, un grupo de escritores e intelectuales publicó en la revista Harper's una carta en la que llama a evitar la "cultura de la cancelación" o de la censura, la limitación de la libertad de expresión, incluso o especialmente cuando se trata de hacer frente a los agravios y la intolerancia del Presidente Donald Trump y de sus partidarios.

En respuesta al manifiesto, otros intelectuales han dicho que no hay tal censura ni cancelación; que quienes reclaman son personas privilegiadas, con espacio en los medios

predominantes para dar sus opiniones; que identifican como intolerancia el mayor y más diverso escrutinio público de las opiniones, entre ellas las suyas, gracias a las nuevas posibilidades de crítica o voz pública que abre internet.

También en Chile se ha dado este debate. Ya es un tópico, como en el resto del mundo, lamentar la beligerancia que hay en las redes sociales. Una serie de personalidades publicó una carta en apoyo al entrevistador y columnista Cristián Warnken, luego de los cuestionamientos que recibió, entre otras cosas, por su entrevista al exministro de Salud Jaime Mañalich.

El propio Warnken habló, desde su columna en "El Mercurio", de una "epidemia de la intolerancia". Álvaro Fischer, también en este diario, lo planteó así: "¿Libertad de expresión o autoritarismo moral?"

Entonces, ¿crece la intolerancia o es que toca vérselas con más y diferentes instancias de opinión o crítica pública?

SIGUE EN E 2



FRANCISCO JAVIER OLEA

ENTREVISTA

### Las letras del siglo XXI, por Domínguez Michael

El crítico literario mexicano publica en Chile "Ateos, esnobos y otras ruinas", un libro que recoge sus reseñas y ensayos de estos últimos 20 años. Un volumen literario, pero que también ilumina el devenir del pensamiento. "La posverdad es fascismo", advierte. E 6

E 4 Ana María Stiven ensaya una historia del clericalismo en la Iglesia Católica.

E 8 La historia de la basílica Santa Sofía, de Estambul, construida en el siglo VI.

E 5 Atractiva publicación recuerda los mejores años de la revista Zig-Zag.



FABIAN RIVAS

# ¿Vivimos una ola de intolerancia...?

VIENE DE 1

**Eliana Rozas:** “El enjambre digital ha redundado en la generación de ruido”

¿Más intolerancia o más diversificación? La pregunta puede no ser dicotómica, porque no es contradictoria la idea de un incremento de las voces con la de un aumento de la intolerancia.

La digitalización ha diluido la vieja frontera entre emisores y destinatarios y permite que cada quien pueda ocupar indistintamente uno u otro rol. Eso, que ha borrado el orden jerárquico entre los que hablan y los que escuchan, y traído consigo una mayor simetría, indudablemente ha ampliado el horizonte de la expresión. Pero ella no discurre ahora como una gran deliberación en el espacio público. El enjambre digital —en la sugerente metáfora de Byung Chul Han—, conformado por individuos aislados, sin coordinación alguna, ha redundado

La mediación (ni hablar de la representación) es vista con sospecha, como resabio de un orden jerárquico y asimétrico”.

en la generación de ruido: su democratizadora lógica de acceso no ha sido, por sí sola, suficiente impulso para el diálogo. Paradójicamente, la falta de mediación tan propia de la digitalización y de las redes sociales, en particular, ha realzado su necesidad. Pero, para colmo de paradoja, la misma mediación (ni hablar de la representa-

ción) es vista con sospecha, como resabio de un orden jerárquico y asimétrico. Los medios de comunicación y las universidades saben de eso. La expresión, potenciada por la digitalización, no es, pues, diálogo. Así, el retuit amplía el alcance de la voz de aquel que habló, pero no lo enfrenta a un contraargumento, no le ofrece una visión complementaria, no lo seduce con una idea, no lo acicatea con la objeción. El retuit aparece como una especie de narcisismo acústico; la fascinación, ya no frente al reflejo, sino al eco.

La tolerancia, esa disposición a aceptar las distintas manifestaciones de la diversidad del otro, no es pasto que crezca bien en el terreno del enjambre. Es más, allí probablemente ni siquiera tiene sentido. ¿Por qué la tolerancia

habría de ser esperable en un espacio que en gran medida nos ha enseñado a apreciar la expresión en función de likes, retuits y seguidores, y que opera en función de algoritmos capaces de personalizar los contenidos, es decir, un espacio donde el valor de la expresión es reflejo, vuelto sobre aquel que se expresa? El cultivo de la tolerancia es posible y tiene sentido en el territorio del diálogo, no de la mera expresión. Y para eso, lo estamos aprendiendo, se necesita mediación.

Eliana Rozas es periodista, egresada de Derecho y profesora de la Escuela de Periodismo UC.



**Manfred Svensson:** “La tolerancia es un modo de comportarse en los conflictos, no la ausencia de ellos”

No hay duda de que en décadas pasadas reinaba, en Chile y el mundo, un número mayor de consensos. Así, quien identifique la tolerancia con ausencia de tensiones, desde luego pensará que hemos pasado de un mundo tolerante a uno intolerante. Pero la asociación es errada: la tolerancia es un modo de comportarse en los conflictos, no la ausencia de ellos. En ese sentido, un mundo lleno de conflictos podría perfectamente ser a la vez un mundo tolerante.

Pero no es a un mundo con conflictos y tolerancia que hemos llegado: nuestra situación se caracteriza no solo por la desaparición de los consensos de los noventa, sino por la progresiva legitimación de la “funa” y por la llamada “cancel-culture”. Algunos dudan, por cierto, de que estas sean manifestaciones de intolerancia, creyendo que se trata más bien de que finalmente los poderosos pueden ser cuestionados. Pero esas prácticas rara vez dejan a los más poderosos en el camino; si alteran, en cambio, el rango de lo que se tolera al resto. Puede discutirse su extensión, pero la nueva intolerancia existe.

No tiene sentido, con todo, contrastar nuestra situación con un ideal de los noventa. Después de todo, si uno lee a activistas e intelectuales de décadas recientes, una de sus ilusiones más recurrentes era que la idea misma de tolerancia podía ya ser dejada atrás, que ahora podía ser reemplazada por disposiciones puramente positivas como el reconocimiento. Incluso la Unesco hizo suyo este sentir, cuando en su declaración de 1995 describía la tolerancia como “el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo”. No había ahí una sola palabra respecto de cómo actuar cuando dos visiones rivales de hecho chocan. Nuestro progreso, al parecer, ya había dejado atrás esa posibilidad.

Esto sugiere que ya en los noventa una tosca mirada respecto del progreso estaba arruinando la tolerancia. Esa misma idea de progreso, cabe sugerir, es la que sigue causando dificultades hoy. Cuesta reconocer el regreso de la intolerancia si se cree que la marcha hacia adelante es inexorable. Cuesta también ser tolerante si se cree que las ideas rivales ya habían quedado atrás, en “el basurero de la historia”. Se nos ha presentado tolerancia y progreso como un ideal conjunto, pero para salvar la tolerancia puede ser hora de reconocer la tensión que hay entre esas dos nociones.

Manfred Svensson es filósofo, profesor de la Universidad de los Andes e investigador del IES. Es coeditor de “Secularization, Deseccularization, and Toleration” (Palgrave, se publicará a fines de año).



Cuesta ser tolerante si se cree que las ideas rivales ya habían quedado atrás, en ‘el basurero de la historia’”.

**Ascanio Cavallo:** “Las redes son, en algunas de sus dimensiones, instrumentos de simplificación”

¿Hay mayor intolerancia que en los años 1970 o 1980? Parece que toda época tiene sus Dinacos. Los Dinacos de hoy están en las redes digitales. Por lo general es gente que ha encontrado en el efecto manada un instrumento para ejercer la inclinación, más vieja que el hambre, a suprimir la opinión disidente. No se parecen en su imperio, sino en su capacidad de atemorizar a ciertas personas y, por esa vía, a ciertas instituciones. La cobardía siempre es personal, aunque se

de un momento histórico y las redes son, en algunas de sus dimensiones, instrumentos de simplificación. Por otra parte, es la república —y buena parte del mundo— la que atraviesa por un periodo de empobrecimiento del debate. ¿No es eso visible en nuestras autoridades, nuestros representantes, nuestros dirigentes, incluso nuestra *intelligentsia*? ¿No han alucinado todos ellos también con el empleo sistemático de las redes digitales, creyendo encontrar por fin una forma de comunicación directa con “la calle”? La historia enseña que cada época se encuentra con su instrumento.

A las redes digitales les ha tocado —por ahora— avivar la cueca del maniqueísmo, al mismo tiempo que han proporcionado los más fenomenales sistemas de intercomunicación de la historia. La única posibilidad de diferenciar ambas cosas radica en el uso que les da cada persona. Y cada uno debe decidir si las manadas, reales o virtuales, pueden intimidarlo. Al final, como siempre en materia de libertad de expresión, la que corta el queque es la conciencia personal.

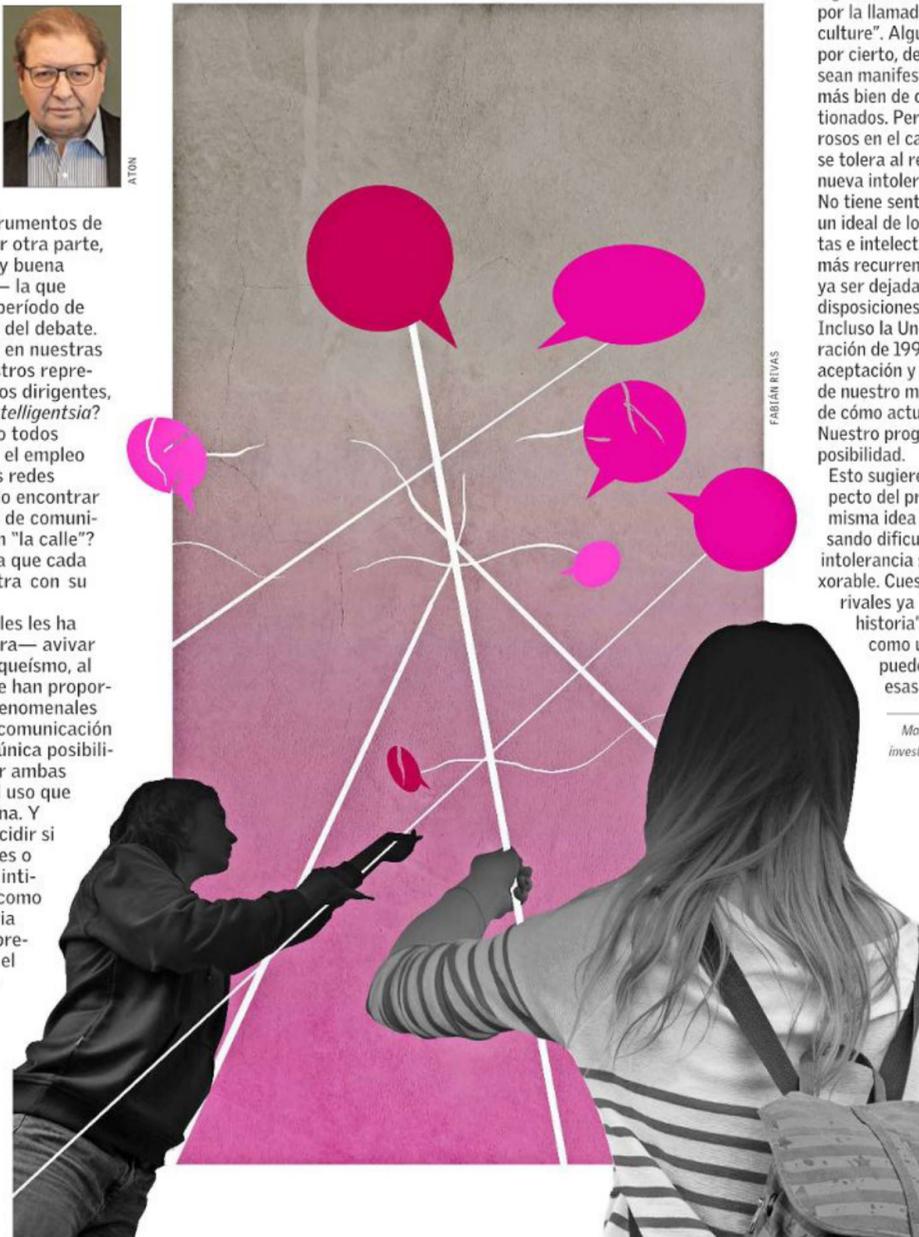
Ascanio Cavallo es periodista, analista político, crítico de cine y miembro de la Academia Chilena de la Lengua; es autor de “La historia oculta de la transición (Ugarte)”.



Parece que toda época tiene sus Dinacos. Los Dinacos de hoy están en las redes digitales”.

exprese en forma colectiva. Tras la salida forzada de su editor de opinión, es The New York Times el que se ha expresado cobardemente. Ha dejado de ser confiable. Ya no sabemos cómo trabajar bajo una dictadura, ni tampoco bajo el peligro de los sistemas dirigidos en forma estatal o paraestatal.

No hay duda de que las redes han expandido la libertad de expresión y con ello sucede algo parecido a lo que ocurre con la expansión de la democracia: hay una nueva manera de plantear la economía de la intolerancia, que es “el pueblo” contra “la elite”, nosotros contra ellos, la asamblea contra la oligarquía. Es la simplificación



**Aïcha Liviana Messina:** “Desde el punto de vista político, la intolerancia debe ser distinguida del dogmatismo y del fanatismo”

Al final de su vida, Nietzsche, el filósofo que se caracteriza por su intolerancia al intelectualismo, escribió un texto titulado “¿Por qué escribo tan buenos libros?”. ¿Significa eso que la intolerancia es una actitud complaciente respecto a uno mismo? ¿O bien la intolerancia puede ser un método hacia el pluralismo? Desde el punto de vista fisiológico, la intolerancia tiene que ver con algo insufrible que supera la capacidad de un sujeto, e incluso lo amenaza. En este contexto, no se es intolerante por elección, sino por condición (intolerancia a un alimento o a un ruido). Estos intolerantes no niegan la existencia de otros: reconocen sus propios límites. Desde el punto de vista político, la intolerancia debe ser distinguida del

No tolerar un discurso racista, antisemita o sexista no es atentar contra el pluralismo y la libertad de expresión”.

dogmatismo y del fanatismo. Mientras estas posturas buscan imponer una verdad, a costo de medios intolerables (guerras, funas, dictaduras), la intolerancia puede ser una respuesta responsable frente a la pérdida de límites que implican algunas acciones o discursos. Por esto, no tolerar un discurso

racista, antisemita o sexista no es atentar contra el pluralismo y la libertad de expresión, sino reconocer que estos discursos implican la destrucción de la posibilidad misma de discurrir y, por ende, de la libertad de expresión.

Aquí la intolerancia es una decisión que no se mide respecto del mundo cómodo y a veces indiferente de los tolerantes, sino de la necesidad de anticipar lo intolerable, eso que supera los límites y que destruye la posibilidad de un mundo común. Por lo mismo, la condición del debate y del pluralismo no es la tolerancia, sino la atención puesta a lo intolerable. Desde el punto de vista filosófico, la intolerancia es un recurso estilístico que busca transformar la sensibili-

dad. En realidad, Nietzsche admira a aquellos/as que critica; sin embargo, necesita poner en juego la intolerancia para salir de sí mismo y del modo en que los libros construyen sujetos cada vez más alérgicos a su dimensión sensible y corporal. Aquí, la intolerancia es un arma que busca desarmar la propia intolerancia. Con Nietzsche, “escribir tan buenos libros” es volverse insufrible para invitar a la comunidad a cuestionarse desde sus propios límites y pluralizar su manera de ser y de pensar.

Aïcha Liviana Messina es filósofa, directora del Instituto de Filosofía UDP y autora de “Feminismo y revolución” (Meteles Pesados).



**Sonia Montecino:** “Asumir la tolerancia solo como algo inevitable encubre discriminaciones y exclusiones”

La tolerancia, como la democracia, hay que perfeccionarla y también hacerla motivo de reflexión. Si hoy día esta palabra circula en la escena pública, quizás es porque los contextos que vivimos son de resurgimiento de prácticas autoritarias, fundamentalismos de todo tipo (económicos, políticos, religiosos) y contra respuestas a los mismos. Desde fines del siglo pasado, la “rebelión del coro” es una realidad: las voces del feminismo, los pueblos indígenas, los afrodescendientes, las diversidades sexuales, entre otras, han planteado cómo aceptar, respetar y valorar las diferencias y sus impugnaciones a los órdenes tradicionales, así como a los modos en que se ejerce el micro y el

Se han seguido transmitiendo narrativas oficiales de baja intensidad comunitaria”.

macropoder. Hoy la tolerancia nos plantea el dilema de cómo vivimos con y en la diversidad, entramados en y con lo distinto, porque asumir la tolerancia solo como algo inevitable (no queda más que vivir con lo diferente) y no como constante ejercicio humano de escucharnos, convivir enlazados y avanzar dialógicamente, solo encubre

discriminaciones y exclusiones. La pobreza del debate y las reacciones polares (intolerancia) son también producto, y muy especialmente en nuestro país, de décadas de políticas donde la historia, la literatura, la educación cívica fueron desterradas, y con ellas, ciertas memorias que construyeron una idea más plural del convivir; asimismo, se han seguido transmitiendo narrativas oficiales de baja intensidad comunitaria que no representan las memorias del antiguo “coro”, que ha dejado de serlo y que hoy es agencia. Hace mucho que la conversación pública, amable y reflexiva —no una perorata de alguien (que dictamina

sus verdades) sobre un púlpito o de muchos(as) atrincherados(as) disparándose escupitajos y prejuicios— no se ejercita ni se fomenta, y de esa manera la valoración de lo diferente y la aceptación de las ideas y los cuerpos de los demás desaparece. Más democracia y más tolerancia van de la mano, y son necesarias para recuperar un diálogo de los iguales que son diferentes y para superar el monólogo delirante en el que se instala la intolerancia.

Sonia Montecino, profesora del Dpto. de Antropología de la U. de Chile y Premio Nacional de Humanidades.



**Enrique Barros:** “Ideales humanistas, descarriados de su cauce, pueden conducir al terror”

Pocas veces han estado más lejanas la tolerancia jurídica, asociada a la libertad de expresión y al pluralismo, y la tolerancia como virtud social de reconocimiento recíproco. La libertad jurídica permite criticar al poderoso. Chile tiene una tradición fuerte de libertad de expresión, a diferencia de los cubanos y los chinos, que quieren tener a todos bajo control.

Lo golpeado en estos tiempos es la virtud de la tolerancia. Si un académico expone en un contexto histórico o natural las diferencias entre los sexos, puede troncar su carrera. Causas nobles como el feminismo se transforman en verborrea radicalizada, impermeable a la deliberación. Y el fenómeno no es inocuo en la política: noticias falsas, berrinches identitarios, cinismo vulgar, incluso intervenciones extranjeras, llevaron al Brexit y a la elección de Trump.

Por eso, nuestro problema no es la forma jurídica de la tolerancia, sino la virtud de sociabilidad, que exige una cierta consideración del otro. Goethe decía que la tolerancia es un estado intermedio, que debe llevar al superior del reconocimiento, porque la mera tolerancia es finalmente un insulto. El deterioro del clima de discernimiento, de conversación, marca la época. Hay rabia y odiosidad, que tienen fuentes más profundas que se develan en expresiones. Pero conviene recordar que ideales humanistas, descarriados de su cauce, pueden conducir al terror. La debilidad de los instintos nos pone fácilmente al borde del abismo.

Porque somos libres, también somos peligrosos. La paradoja de la tolerancia no es solo un ejercicio intelectual. Una sociedad abierta puede tolerar a quienes la niegan, como lo hizo Alemania con los nazis. Por eso son tan importantes los contrapesos institucionales, sociales y políticos. Aquí radica nuestro déficit. La intolerancia que vivimos es síntoma de quiebres espirituales y materiales. Nuestro problema es la carencia de contrapesos institucionales. Un ejemplo político es la frivolidad de la reciente discusión de un proyecto trascendente. El juego amigo/enemigo de las redes también campea en la política, lo que es preocupante en vísperas de una decena de elecciones. La libertad de expresión ha dejado a la vista miserias materiales y espirituales que estaban ocultas. La tolerancia como reconocimiento de los otros es el único camino para salir del pantano. Es la disposición de reconocerse recíprocamente: el agnóstico al creyente, el socialista al liberal, el rico al pobre. El problema es que nadie parece escuchar ni argumentar mirando al otro.

Nuestro problema no es la forma jurídica de la tolerancia, sino la virtud de sociabilidad, que exige una cierta consideración del otro”.

Enrique Barros es abogado, profesor titular de la Universidad de Chile y Consejero del CEP.

